

Por debajo del agua

relatos
tomo III

Eduardo López Cruz

03978 WATER CARRIERS AT THE FOUNTAIN, SAN LUIS POTOSI, MEXICO, 1900



Este documento, "Por debajo del Agua Tomo III" forma parte del Programa Cultura del Agua 2012 del Organismo Operador Interapas, el cual tiene la finalidad de concientizar a la población sobre el cuidado del agua.



Introducción

De la fundación de la capital potosina, en 1592, a la segunda mitad del siglo XVIII, San Luis pasó de ser un entorno abundante en ojos de agua a una ciudad con severos problemas de abasto en ese sentido. Los “graseros” o sitios para beneficiar mineral se fueron acabando dichos ojos de agua y corrientes que circundaban el primer cuadro de la naciente urbe. De hecho, la plaza principal (hoy Plaza de Armas) era una laguna, “los Ojos de Agua del Rey”, lo mismo que la actual Plaza de Armas y la cuadra que hoy ocupa el edificio Ipiña. Tras la iglesia de los jesuitas (actual edificio de la Universidad e iglesia de la Compañía) otros manantiales regaban la Huerta de Patiño (rumbo a la actual Damián Carmona) y las actuales calles de Julián de los Reyes y Mier y Terán corrían un par de riachuelos que se unían a otro ojo de agua en la hoy calle de Allende, vecina a la explanada Alhóndiga. Por allá cortaba la ciudad la llamada “Zanja” o “Corriente”, que en tiempos de lluvia arrastraba las aguas brancas que bajaban de la Cañada del Lobo. Dicha corriente se encausó en 1688, luego de una devastadora inundación, como ya había ocurrido en 1601. En las inmediaciones de este cauce y la hoy calle Hidalgo, el agua se anegaba de continuo (aunque en tiempos de lluvia abundante desembocaba hasta Soledad de los Ranchos) y por esto la gente llamó a aquel lugar el “Charco Verde”; nombre que conserva hasta nuestros días, gracias a que en dicho punto existió una “detención” o puesto de vigilancia policiaca y en el que en 1905

(obra del ingeniero Luis Barragán) se inauguró una réplica de la Penitenciaría del Estado.

Hacia el costado este de la hoy Plaza de Armas, rumbo a la actual Alameda, se formaba “La Lagunita”, al oeste, abundaban los pozos de agua en la villa de Tequisquiapan. Especialmente se hablaba de “La Alberca”, un pozo de agua desde donde los carmelitas llevaban agua a su convento y huerta (hoy convertida en la Alameda). Desde aquella “alberca” (que no era una piscina, como hoy pensaríamos, sino un simple pozo. Del árabe al-birk, el charco) también se surtió de agua la plaza principal de la ciudad, una vez que ahí se construyó la primera fuente.

Al sur de la ciudad se tendió la “Zanja de los Tepetates”, que desde la actual Miguel Barragán y hasta las retorcidas calles de Morelos y Primero de Mayo protegía aquel rumbo de las “riadas” de agua procedentes de la Cañada del Lobo y los “Charcos de Santa Anna” (terrenos que hoy ocupan la colonias Himno Nacional y Alamitos).

Nada quedó de aquello, sintiéndolo eterno, los potosinos de aquellos años prefirieron beneficiar oro y plata que beneficiar el futuro. Los pozos se contaminaron de estiércol animal y desechos humanos y ya para el siglo XIX el reto era ese: tener agua. Así, en 1903 y luego de grandes proyectos y grandes fracasos, se concretó la construcción de la Presa San José. Aquello, sin embargo, no era fin de una era de escasez, sino el principio de otra que aún nos mantiene en guardia: abastecer de líquido vital a una ciudad en constante crecimiento.

En 2003 se inauguró la Plaza de las ciudades hermanas, entre la calle de Iturbide y avenida Reforma. Al centro de dicho espacio público, una fuente en forma de estrella y los nombres de varias ciudades del extranjero hermanadas con la nuestra.

La mano mojada de una ninfa

En el mismo conjunto que forma la Plaza del Milenio, rumbo a la avenida Carranza, también en el año de 2003 se inauguró otra fuente: una mujer semidesnuda, cuya mano derecha toca el agua que brota sutilmente de un discreto manantial, último recuerdo de que en la actual avenida Reforma (en 1688) se abrió una prolongada zanja que protegió a la ciudad de inundaciones que ponían a los potosinos en riesgo de perder vida y bienes materiales: La Corriente, que al paso del tiempo se fue secando y donde ya en tiempos menos caudalosos, a sus orillas se doblegaban las mujeres, en posición de reverente ofrenda a la limpieza de la ropa de sus familias. Lavanderas de mano recia que tal vez hubieran merecido un justo homenaje escultórico, en lugar de una ninfa griega que tímida, pero plácidamente, se moja una mano donde alguna vez la lluvia y las corrientes bravas mojaron no sólo las manos, sino el cuerpo entero de nuestra ciudad.

A final de cuentas, conservar el agua y hacer de la no potable un objeto de ornato es también una obra de arte inapreciable.





La primera fuente de la ciudad, Plaza de Armas, en una fotografía de 1867.

Las fuentes potosinas

Si se erigió un obelisco en la Plaza de Armas (rodeado aquel de una estética fuente lobulada) no fue para desperdiciar el agua, sino para protegerla. La existencia de ahí de un pozo público hacía del lugar un paradero obligado de verduleras que lavaban sus productos, bebedero de caballos, burros, mulas y vagos que se divertían desparramando el agua.

Aquella construcción fue la primera fuente ornamental de la ciudad y sirvió para dignificar la plaza y evitar que el sitio continuara como chapoteadero de gente sin quehacer. El conjunto del obelisco y fuente, obra de Eduardo Tresguerras, se inauguró en 1827 para conmemorar la derrota de los españoles en su último reducto luego de haberse firmado la Independencia de México: el Castillo de San Juan de Ulúa, que mantenía las tropas de la corona española, hasta su caída en noviembre de 1825.

El agua de aquella fuente llegaba desde Tequisquiapan, precisamente de la llamada “alberca de la ciudad”, un pozo que se ubicaba en las inmediaciones del hoy jardín de “Tequis”.

Poco duró el gusto por la Columna de la Independencia y poco duró también el éxtasis por aquella fuente. En 1871 el propio gobernador Pascual M. Hernández empuñó un mazo durante la ceremonia oficial de la demolición de aquella obra de arte, que se ubicaba no en el centro de la plaza, sino hacia el sur éste de ella.

En ese lugar, en cambio, se colocó la primera piedra del monumento a Miguel Hidalgo, obra de Pedro Patiño Ixtolinque, estatua que por fin se inauguró en 1875. En 1889 el gobernador Carlos Díez Gutiérrez ordenó remover al cura Hidalgo al lugar que ahora ocupa: la Alameda.

De piedra ha de ser la caja





A la izquierda, la Caja del Agua que formó parte del sistema hidráulico proveniente de la Cañada del Lobo. Arriba, la Pila frente al Santuario, que era pieza del mismo sistema sobre la Calzada de Guadalupe.

En 1827, inaugurada la fuente y el obelisco de la Plaza de Armas, el gobernador constitucional de San Luis Potosí, Ildefonso Díaz de León, ordenó el inicio de un proyecto que a la fecha es el símbolo de esta capital: un complejo hidráulico para trasladar agua desde la Cañada del Lobo a esta ciudad, obra que concluyó en 1833, con la inauguración de la “Conserversa” o “Caja del Agua”.

Con la aportación económica del humanista José María Gorriño y Arduengo, la proyección de Juan N.

Sanabria y el diseño de José María Guerrero Solache, la Caja del Agua se convirtió no sólo en una obra maestra de ingeniería, sino también en una obra de arte bordada en piedra, en esa cantera rosa tan propia de San Luis Potosí.

Las menospreciadas

La emoción estética que provoca esta pieza excepcional del neoclásico, opacó del todo a sus hermanas (obra también de Guerrero Solache). La caja del agua que se encuentra a un

costado del ahora Jardín de Niños La Paloma (en las inmediaciones del Santuario y la misma fuente redonda en la explanada del atrio de dicho templo) y “La Conchita”, a la mitad de la Calzada de Guadalupe. Las primeras se inauguraron en 1831, la segunda, posterior a la Caja del Agua, se habría inaugurado en 1834. Esto, de acuerdo al historiador Alejandro Espinosa Pitman, quien publicó el texto *Las cajas del agua* (1985, Letras Potosinas, San Luis Potosí, San Luis Potosí). Ahí, con información documental, el autor esclarece el histórico enredo sobre



Arriba, aguadores surtiéndose en la Caja del Agua. Abajo, mujeres en la fuente de La Conchita, Calzada de Guadalupe en 1890.



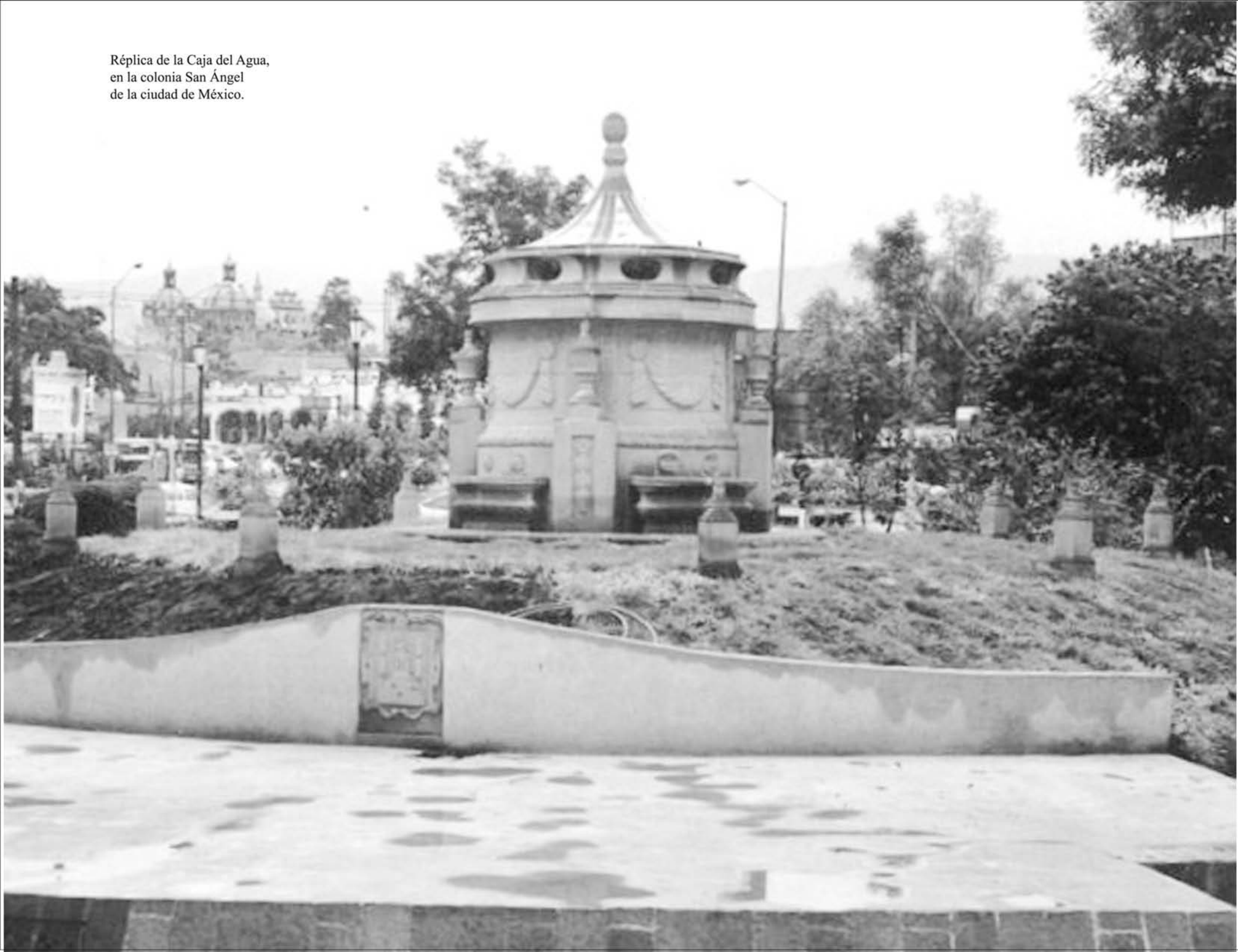
quién construyó la célebre “caja” y con sobrada razón lamenta el olvido en que cronistas e historiadores dejaron al resto de las obras que conforman el complejo hidráulico que inició -como ya dijimos- Ildefonso Díaz de León y que tocó inaugurar al gobernador Guadalupe de los Reyes.

Símbolo de la ciudad

Si desde un principio fue uno de los símbolos más representativos de la ciudad en el siglo XIX, en el siglo XX refrendó su naturaleza de obra distintiva en la urbanística potosina. En 1967, bajo la presidencia de Fructuoso López Rivera, la Cámara Nacional de Comercio en San Luis Potosí.

Distribuidora de agua, como corresponde a toda fuente, su exitoso diseño la convirtió en un objeto ornamental de alto valor artístico, a grado tal que en 1970 el Ayuntamiento de esta capital donó una copia a la delegación Álvaro Obregón de la ciudad de México, a petición de habitantes de la colonia San Ángel y recientemente, en mayo de 2012, la administración municipal obsequió otra réplica de la Caja del Agua a la ciudad de Pico Rivera, California, en los Estados Unidos.

Réplica de la Caja del Agua,
en la colonia San Ángel
de la ciudad de México.



Misterio en la torre

Fuente de agua y de leyendas

1890, la hoy avenida
Universidad, esquina con
la actual Constitución.
No existía la torre de
agua frente a lo que hoy
es el cineteca Alameda.

Si historiadores como Manuel Muro o Primo Feliciano Velázquez no se ocuparon de ella, fue porque sencillamente no existía en los periodos en que escribieron sus obras. Montejano y Aguiñaga no la consideró digna de mención alguna. Y sin embargo ahí está, en la esquina sureste de la Alameda, entre Universidad y Constitución. Una torre neoclásica, de cantera, que sirvió, simple y llanamente, como toma de agua.

De dicha fuente surgió no sólo agua, sino mitos y leyendas urbanas sobre el origen de la misteriosa torre. Versiones populares que, a falta de datos concretos, buscan explicar la presencia de aquel torreón al que se le atribuye una antigüedad que no tiene y usos que nunca tuvo.

Se ha dicho de ella, entre otras cosas, que: formó parte de la huerta Carmelita antes de que el gobernador Vicente Chicoséin la expropiara para crear el paseo de la Alameda, que era parte

del sistema hidráulico de la Cañada de Lobo cuya fase final (la Caja del Agua) se inauguró en 1833. Otras historias más soñadoras hablan de esta torre como un respiradero para los imaginarios túneles que -según leyendas sin sustento- conectaban los templos de la ciudad.

Fotografías anteriores a 1900 muestran sin lugar a dudas que dicho torreón no existía; en cambio sí un pequeño pozo a donde acudía la gente a surtir de agua. La terca realidad se impone, en una acta de Cabildo, la número 13 del 18 de marzo de 1913, el ingeniero Luis E. Reyes “pide se mande recibir la fuente para la toma de agua en la Alameda”.

Ese mismo año aparece un anuncio en el itinerario trimestral de los ferrocarriles urbanos y suburbanos de la Compañía Limitada de Tranvías: “Ingeniero Luis E. Reyes y Compañía, contratistas, plomeros y electricistas, 1ª calle de la República, número 4”. El dato resulta indispensable, pues este ingeniero

Reyes ya había sido regidor “de aguas” en el ayuntamiento capitalino de 1912 y en otro documento describe la torre para la toma de agua. Es creíble que, dada la profesión de dicho regidor Reyes, su interés por la construcción de la citada torre haya sido un negocio personal.

De acuerdo al investigador Óscar G. Chávez, anticuario y especialista en temas potosinos, fue el señor Florencio Cabrera quien de su bolsillo pagó la obra que habría mandado construir el citado ingeniero Reyes.

El señor Cabrera no habría de ver la obra, pues murió antes de su colocación.

Ahora bien, de lo que no hay constancia es respecto a la fecha exacta en que se colocó lo que ahora es uno de los símbolos de la ciudad, pues durante la Revolución y después de ésta los archivos municipales fueron objeto de saqueo. La obra pública (y la civil también) se paralizaron por la incertidumbre política.





Mujer acudiendo al pozo entre la calle de Constitución y avenida Universidad, 1890.
Abajo, gente abasteciéndose de agua en el mismo punto citado.



El pozo y el gozo

Suele decirse que los carmelitas sufrieron por la falta de agua para el regadío de su extensa huerta, que después se convertiría en la Alameda. Reñían, cierto, con los habitantes del Montecillo por la posesión del agua que en tiempos de lluvia se acumulaba en “La Lagunita” (hoy jardín de Escontría) y que se desparramaba hasta los “Llanos de Panzacola” (hoy colonia El Paseo).

La verdad es que agua había, pero a profundidades inalcanzables para la tecnología del siglo VXIII, los pozos profundos comenzaron a excavar en San Luis durante el siglo XIX.

Para 1890 ya existía un pozo en la esquina de las actuales calles de Constitución y Universidad (que para entonces se llamaba “calle de Fuente”, refiriéndose a aquel pozo, precisamente) hasta donde los potosinos del rumbo llegaban con sus cántaros para surtirse.

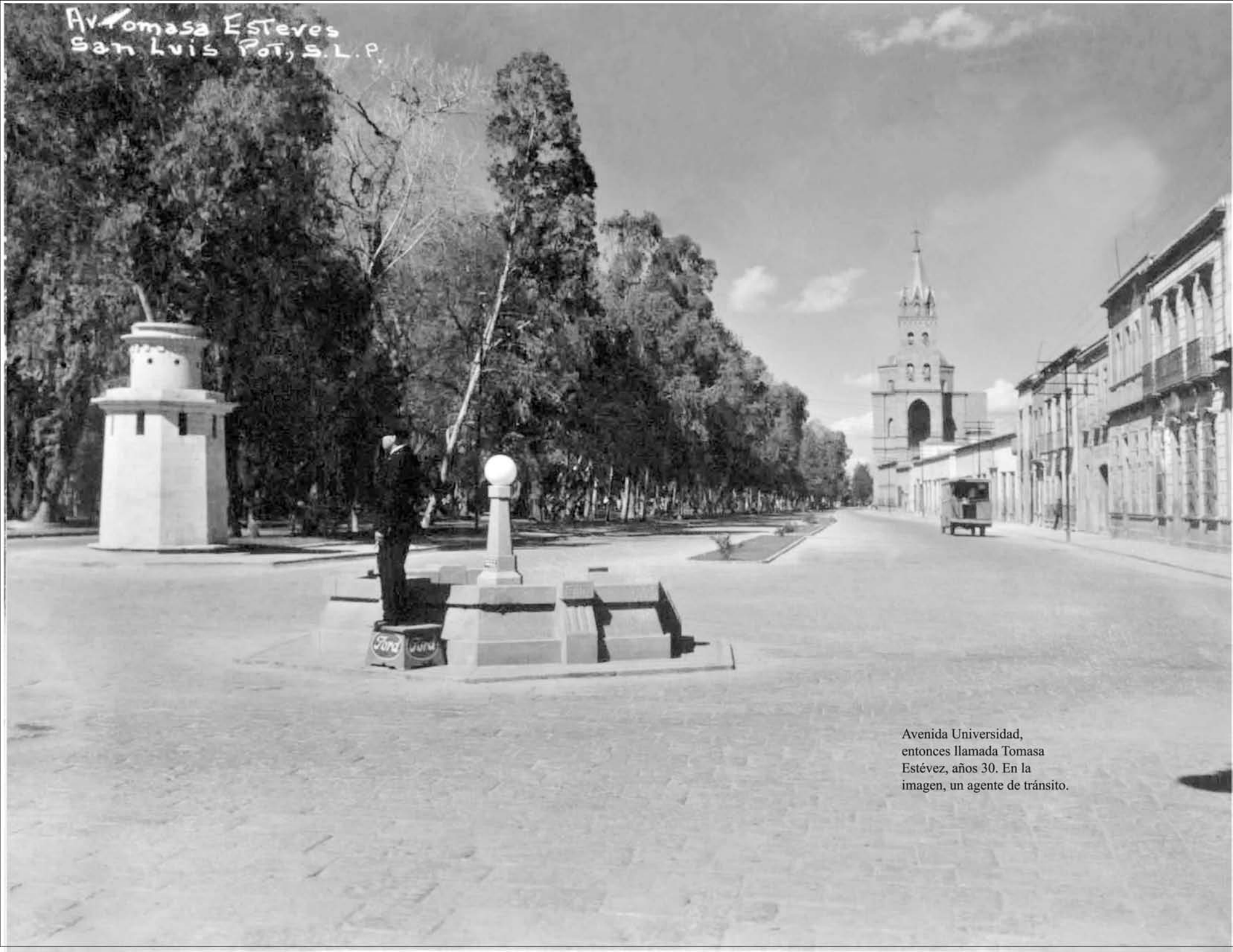
La ciudad de los jardines... y las fuentes



Alameda, años 20.



Av. Tomasa Estévez
San Luis Potosí, S.L.P.



Avenida Universidad,
entonces llamada Tomasa
Estévez, años 30. En la
imagen, un agente de tránsito.

Pozo en donde actualmente
se encuentra la torre de
agua de la Alameda, 1891.

Varias fotografías del norteamericano William Henry Jackson (fechadas en 1890) muestran la actividad en torno a dicha fuente. Las gráficas no dejan lugar a dudas: la *cajita* del agua de la Alameda no se había construido en esos días. El regocijo, el gozo estético de esa torre misteriosa, vendría muchos años después. Una placa de bronce en dicho torreón está fechada en 1932, año en que se remodeló por primera vez la Alameda.

Cabe mencionar que en dicha esquina, frente a la multitudada *cajita de agua*, hubo una fuente de piedra tosca, construida al estilo del *art déco* de los años 30. De esta clase de fuentes, idénticas, se conservan por lo menos dos: una en la pequeña explanada del mercado Camilo Arriaga (convertida actualmente en macetera) y otra, virtualmente oculta, en el jardín de Granaditas, entre las calles de Eulalio Degollado y Licenciado Quesada, cerca de Eje Vial y Reforma.



San Francisco,
década de los 30.



Criticado y criticable en sus excesos de poder y sus constantes reelecciones en la gubernatura del estado, Carlos Díez Gutiérrez no fue sino el espejo de Porfirio Díaz y como él, junto con el autoritarismo también trajo consigo desarrollo y transformación para San Luis Potosí.

La vieja ciudad virreinal, sombría y abundante en recovecos coloniales, insalubre en muchos casos, fue cambiando su rostro. Aunque se perdieron para siempre joyas arquitectónicas del siglo XVIII, en ocasiones el aspecto urbano mejoró notablemente con el estilo clásico que imperaba, un ejemplo de ello es el Teatro de la Paz (inaugurado en 1894)

se construyó en el espacio que fuera la cárcel de hombres y antes, parte del convento de los carmelitas.

Si los templos de la ciudad son dignos de elogio arquitectónico, el conjunto urbano que los rodeaba desanimaba. Los atrios eran tristes, lóbregos, sin mérito artístico alguno. Se trataba, en esencia, de simples corrales.

Un maestro jardinero

El concepto moderno de jardín con fuente vino precisamente en la última etapa del porfirismo en San Luis Potosí. En 1902, siendo gobernador el ya citado Carlos Díez Gutiérrez, el regidor de Jardines del Ayuntamiento,

Jesús María Peralta, contrató y trajo a San Luis al jefe de Invernaderos de Chapultepec, Juan Balmes.

El experto horticultor nombró ayudante al potosino Belisario Amaya Rodríguez. Puso manos a la obra y reunió a un grupo de jardineros locales, a quienes instruyó en plantas y trasplantes, injertos y cuidado de una gran variedad de especies antes desconocidas en los paseos públicos. A cada uno de sus discípulos le adjudicó una plaza pública. Comenzó el embellecimiento de la capital potosina. Así nació el mote de “Ciudad de los Jardines” y el curioso dato lo aporta el periodista Federico Monjarás Romo, en su libro *Rostro de la ciudad* (1983, editorial *Muchas Noticias*).

Plaza de Armas,
años 30.



Maqueta de la fuente "De los Pescaditos", que se colocó en la Plaza del Carmen en 1973. Abajo, instalación de dicha fuente, Obra de Joaquín Arias.

Apariciones y desapariciones

En la Plaza de Armas, los hermanos Biagi, italianos originarios de Carrara y expertos en mármol, construyeron las cuatro fuentes originales que apuntan a norte, sur, este y oeste de la ciudad. En los 70 se remodeló la plaza y se instalaron nuevas fuentes.

En Fundadores, convertida en plaza Benito Juárez antes de ser jardín Arista, se construyó durante el gobierno de Díez Gutiérrez un monumento al Benemérito de las Américas, abundaban los árboles y cuatro pequeñas fuentes. El gobierno de Gonzalo N. Santos (1943-1949) arrasó con el jardín y en 1970 el gobernador Antonio Rocha Cordero construyó en el centro de la plaza (además del estacionamiento subterráneo) una fuente que desapareció durante el gobierno de Gonzalo Martínez Corbalá, que en 1992 dos fuentes a los costados del pódium cívico al extremo este de la plaza. Todo con motivo de los festejos por los 400 años de la fundación de la ciudad.

La Alameda, ese espacio de tanta tradición para los potosinos, se engalanó para los festejos del primer centenario de la Independencia, que era el presagio de la Revolución. Antes de que en 1910 estallara el conflicto armado, Díez Gutiérrez ordenó la construcción del lago artificial. El remate arquitectónico fue el "Faro de la Independencia", obsequio de las

colonias alemana, belga, francesa e italiana. La Alameda tenía entonces un aviario, "La Pajarera". En los años 20 hubo ahí un modesto zoológico.

En 1932 se remodeló el entorno y se construyeron varias fuentes, hoy desaparecidas, la conocida popularmente como la "Musa del Agua" (extraviada en 1994 durante una huelga laboral de los alarifes que remodelaban el sitio) y la "Fuente de las Ranas", a cuyo centro se encontraba un pedestal con un globo terráqueo recubierto con cristales que se llevó el paso del tiempo. Tenía dicha fuente una forma de estrella y en cada ángulo, una rana de bronce. Recientemente (mayo de 2012) con la transformación de la Alameda, también desapareció.

El jardín de San Juan de Dios, por 1880, tuvo una fuente de aspecto similar a la que estuvo en la Plaza de Armas hasta 1871. Cuando para construir la Escuela Modelo se demolió el viejo hospital juanino (ya para entonces convertido en aduana y rastro municipal) se erigió en su lugar un obelisco y, para las fiestas del primer centenario de la Independencia, se levantó en el mismo sitio la columna que aún existe, rematada con el águila rompiendo una cadena que simboliza la esclavitud. La dicha escuela fue obra de Octaviano Cabrera y se encontraba donde es hoy el Museo Federico Silva.

Fuente que desde los años 30 hasta
mitad de los 90 estuvo en la Alameda.
Desapareció durante una remodelación.



Los barrios

Salvo El Montecillo y quizá San Sebastián, el resto de los típicos siete barrios de la ciudad tienen o tuvieron jardín y fuente. En orden cronológico:

Tlaxcala (Asunción de la Tlaxcalilla, fundado en 1592) conserva una fuente de los años 30 del siglo XX en el jardín que dividió la calle Ponciano Arriaga, convertida en Eje Vial en 1973.



Santiago (Santiago del Río, fundado en 1592) tuvo en los años 20 del siglo XX una hermosa fuente con una garza o garceta blanca al centro. Aquel jardín llevó en ese tiempo el nombre de Manuel José Othón y hubo ahí una pequeña columna dedicada al poeta potosino.



Tequis (Nuestra Señora de los Remedios de Tequisquiapan, fundado también -se cree- en 1592) no tuvo fuente en tiempos anteriores al siglo XX; sin embargo, la zona era la más rica en agua. Tal abundancia propició que de un pozo llamado “La Alberca” (en las inmediaciones del actual jardín de Tequis) los carmelitas llevaran agua a su convento y huerta, en el siglo XVIII. El 10 de mayo de 1948, con el patrocinio del Club de Leones, se inauguró en el centro del jardín la obra de los hermanos Biagi conocida como “Monumento a la madre”, en la base de la columna había una fuente que en 1996 el arquitecto Cossío Lagarde modificó para rodearla de una fuente de cantera en forma de flor abierta y otras similares se colocaron alrededor del jardín.





San Miguelito

(Fundado en 1597 y que formó parte de San Francisco, al norte, y la Santísima Trinidad, al norte, de donde se formó el barrio de San Juan de Guadalupe) tuvo una fuente a principios del siglo XX que se demolió en la década de los 50, para ampliar la sacristía (en donde, por cierto, hubo un monumento a Cristóbal Colón).



San Cristóbal del Montecillo

El más pobre de los barrios o el barrio de los más pobres (San Cristóbal fundado en 1600, donde vivió y murió en 1855 el apóstol de los miserables, Juan del Jarro) no tuvo fuente alguna, ni siquiera un jardín. El que ahora existe junto a la iglesia, se construyó al inicio de la década de los 70 del siglo XX y fue obra del gobernador Antonio Rocha Cordero.

San Sebastián

(Fundado en 1608) no tuvo ni tiene fuente, pero sí un jardín y kiosco que, gracias a los constantes ruegos de los vecinos, se construyó en 1910.

San Juan de Guadalupe (el último de los siete barrios y tal vez por ello el más olvidado, se fundó en 1676, aunque en un principio formó parte de San Miguelito) conserva una fuente en su jardín, obra no muy antigua que data de los años 40.

Una fuente para tres milenios

Con el fin de recordar la llegada del mítico año 2000, una fundación civil eligió el cruce de Reforma, Carranza y Uresti para colocar ahí una monumental escultura y fuente de bronce que representa a tres ninfas, hijas de Zeus, sobre un globo terráqueo. Construida en bronce, llegó de la ciudad de Aguascalientes.

Bajo esta fuente se encuentra una cápsula del tiempo; es decir, una especie de baúl blindado que contiene elementos muy representativos de la sociedad del siglo XX, con la intención de que generaciones futuras conozcan a los hombres que los antecedieron, su forma de pensar y ver la vida.



El agua en la piedra



Obra también de Joaquín Arias, junto con la actual fuente de San Francisco y la de El Carmen, la de Aranzazú se inauguró en 1972.



RECONOCIMIENTOS

Archivo Histórico del Estado.



Ing. Francisco José Muñiz Pereyra
Director General del Interapas

LCC Humberto Ramos Contreras
Titular de Comunicación Social y Cultura del
Agua del Interapas

Eduardo López Cruz
Cronista

El autor

Eduardo López Cruz se inició como reportero en **1986**, en El Heraldo de San Luis; de esa fecha y hasta **1992**, trabajó sucesivamente en El Sol de San Luis, semanario Tribuna, periódico Momento, otra temporada en El Heraldo; colaboró en el noticiero “8 A.M”, conducido por Eduardo Alvarado (Canal 9) y fue reportero fundador del periódico San Luis Hoy, del que fue jefe de Información hasta **1999**.

Ha colaborado en la televisión local como comentarista del programa “Quisquillas del lenguaje” (hoy transformado en “Lengua Larga”, canal 13) y en el programa “Concepto 7”, con cápsulas sobre el origen de las palabras y los apellidos, en la emisión de “Atención Ciudadana”, haciendo la reseña de las calles y las plazas de San Luis Potosí (ambos programas, en Canal 7).

En **2003**, jefe de Redacción del proyecto Milenio San Luis. Ese mismo año, jefe de Redacción de la revista Librevía.

En la docencia:

Entre **1987 y 1988** fue maestro de español, ortografía e inglés en distintos planteles privados, profesor de italiano en el Centro de Idiomas de la Uaslp.

Reconocimientos:

1993. Premio Estatal de Periodismo Víctor Monjarás, en caricatura.

1995. Premio Estatal de Periodismo Juan Sarabia, en entrevista

1997. Premio Estatal de Periodismo Francisco Martínez de la Vega, en artículo de fondo.

Premio Estatal de Periodismo Filomeno Mata, en el género de crónica.

2000. Premio Estatal de Periodismo Jesús Silva Herzog, en noticia.

2006. Premio Estatal de Periodismo Jesús Silva Herzog, en noticia.

2008. Premio Estatal de Periodismo Francisco de la Maza, en difusión cultural
Premio Estatal de Periodismo Francisco Martínez de la Vega, en artículo de fondo.

Premio Estatal de Periodismo Cuauhtémoc Bustos, en crónica deportiva.

Libros

Lengua Larga, diccionario etimológico del lenguaje popular mexicano (**2004**).

Historias de la comida y la bebida popular en San Luis (**2011**).

**Este documento, “Por debajo del Agua Tomo III”
forma parte del Programa Cultura del Agua 2012
del Organismo Operador Interapas, el cual tiene la
finalidad de concientizar a la población sobre el
cuidado del agua.**



**Vivir
Mejor**



SEMARNAT

**GOBIERNO
FEDERAL**

